La radio, germen de una nueva oralidad

Lidia Camacho *(México)*
Directora del Colegio de Comunicación, Universidad del Claustro de Sor Juana

Con la radio, que acaba de cumplir cien años, se cometen por lo general dos injusticias. Se olvida el papel que ha desempeñado en la transformación de las mentalidades del siglo XX y se minimiza la función que está llamada a cumplir en el siglo XXI.
La percepción global de nuestro mundo, que hoy día parece evidente -y que sin embargo, alteró tan violentamente nuestros estrechos horizontes al arrastrar en un torbellino planetario el destino de nuestras aldeas o de nuestros barrios-, nació con la radio.
Las revoluciones, los golpes de Estado, las guerras penetraron en la realidad cotidiana de los campesinos analfabetos de los deltas del Nilo y del Ganges a través de sus ondas; y fue también así como la música india africana, caribeña, llegaron por primera vez a París y a Londres. Al combinar la ubicuidad, la instantaneidad y la multiplicidad de las fuentes, la radio significó la apertura, en todos los países y en todos los sectores sociales, de un nuevo espacio de reflexión.
Nunca se insistirá demasiado en la importancia de esta apertura para el progreso del pluralismo democrático.
Hay que añadir que la ventaja de la radio reside, paradójicamente, en lo que no posee: la imagen. La principal virtud de la imagen televisiva -aparecer como una copia de la realidad- constituye también su principal defecto: hechizarnos hasta el punto de inhibir nuestra imaginación y nuestra capacidad crítica.
Por ese motivo el sonido sin imagen seguirá siendo indispensable para tener todas las mañanas, al escuchar las noticias, el derecho de interpretar por nosotros mismos los acontecimientos del mundo.

Bahgat Elnadi y Adel Rifaat
El Correo de la UNESCO, febrero de 1997

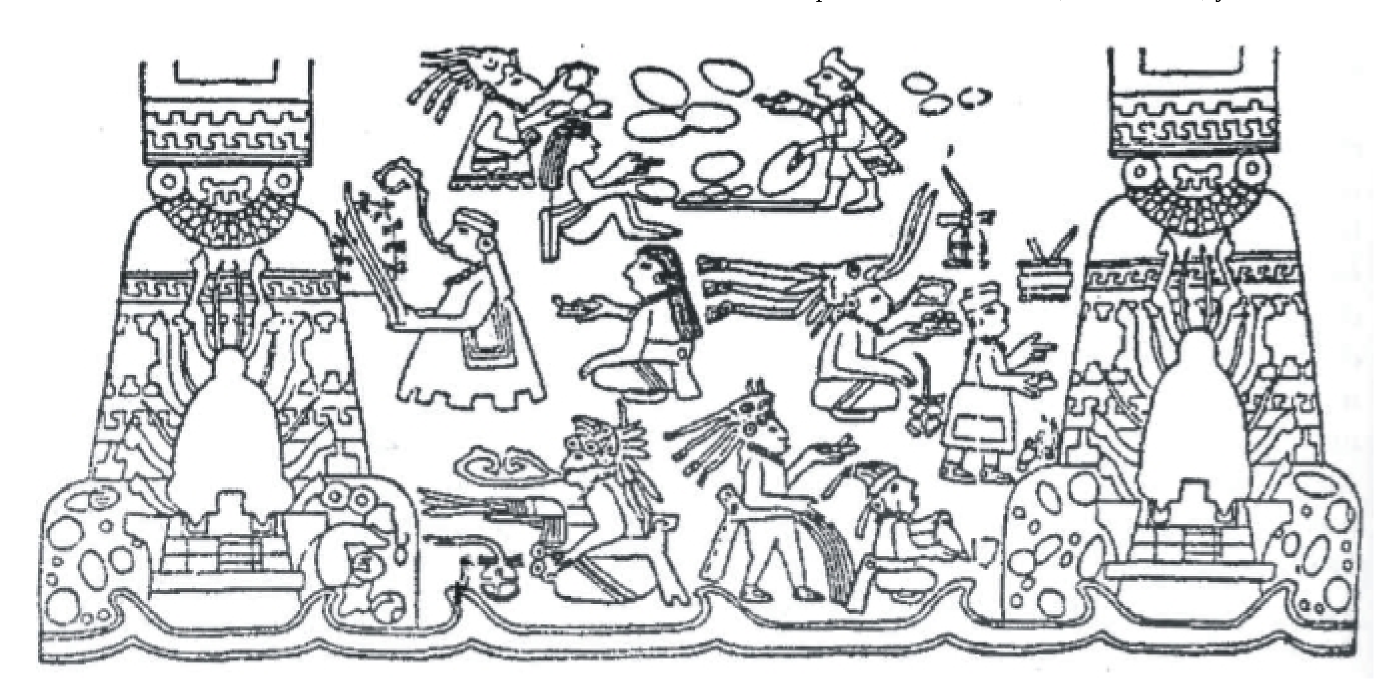
El sonido es nuestra puerta al mundo: por él entramos y por él salimos.

En el principio fue el verbo. Y el verbo se hizo carne, pensamiento, sonido, palabra, voz. Y llegó el hombre, ser sonoro que por naturaleza convierte todo en signo y en lenguaje. Después, todo fue obra de la tradición. Desde entonces, el hombre habla para comunicarse con los demás y consigo mismo, para contar cosas, para resolver problemas, para amar y ser amado; en suma, para crear cultura, que es lo mismo que armar estrategias para entender el mundo.

El habla es inseparable de nuestra conciencia. Gracias a ese don comunicamos nuestro pensamiento y escuchamos el de otros, lo que trae el diálogo y la crítica. Tal vez por eso, por su esencia creativa, el habla ha fascinado a los seres humanos de todas las épocas y ha provocado la seria reflexión acerca de ella y de lo que ha hecho por el humano. Hace doscientos mil años ya existía el Homo Sapiens y es seguro que ese ser tenía ya un lenguaje articulado. Con él pudo expresar su mundo interno *y* darle forma al mundo que veía para poder transmitirlo a las generaciones sucesivas. Esto dio origen a la tradición oral que por milenios *y* milenios fue saber acumulado que circulaba de boca en boca, de oído a oído, desgastándose, puliéndose, transformándose. La palabra oral predominaba, por su riqueza, complejidad y fuerza expresiva, sobre otros medios de comunicación. Y así fue por siglos y siglos; tantos que parecía que nada habría de ocupar su lugar. Pero llegó la escritura y le abrió otro universo al ser humano.

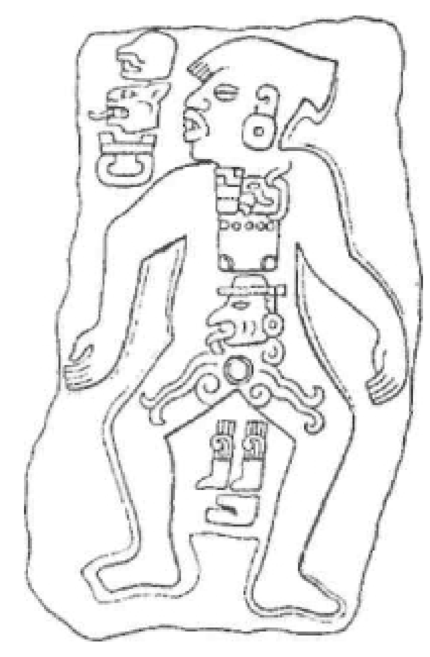


Y ese universo aun hoy nos parece infinito, inagotable, aunque se haya abierto hace solo seis mil años. Con todo, la escritura representaba una técnica al alcance de muy pocos: aquellos cercanos a los representantes del poder terrenal o del divino. La gente común siguió hablando y contando historias, rezando a sus dioses, repitiendo fórmulas; en suma, persistió en reforzar la tradición oral, a pesar de que ya existía una forma de conservar lo que de los labios nacía y en los oídos moría. Con el paso del tiempo, esa tecnología que es la escritura pasó a manos de todos, o casi todos, y comenzó el



imperio, como todos efímero, de la letra escrita. A pesar de lo anterior, o acaso por eso, la tradición oral continúa dando frutos, solo que ahora se trata de lo que se ha llamado oralidad secundaria; es decir, aquella que se estructura como un escrito, pero que solo tiene expresión oral, como sucede en el teatro, en la televisión y sobre todo la radio. Por eso podemos decir sin ambages que hoy, gracias a los medios de comunicación como la radio, vivimos una nueva era de la oralidad. Y esta oralidad enriquece y conforma nuestras vidas hasta límites insospechados y en los momentos menos pensados, pues, como el espíritu, la radio surge dondequiera; no importa la hora, el clima, el espacio, siempre hay un lugar para ese cúmulo de sonidos que, provenientes de la intimidad de una Cabina, pueblan las múltiples intimidades del mundo y hacen de los oídos principio y fin de mundos individuales, pero paralelos. En esa conjunción de una voz lejana con oídos no menos distantes está la presencia de una añeja tradición: la del hombre que desea escuchar a otro hombre. Esa característica ha convertido a la radio en compañía imprescindible y le ha dado una importancia decisiva para la difusión de valores, costumbres, formas de hablaras por ello que la radio ha sabido hechizar durante décadas a un número cada vez mayor de escuchas, quienes encuentran en este medio un puente al asombro y una extraña propuesta de compañía.

Para nadie es un secreto que la radio es el medio de mayor penetración en los países latinoamericanos, que llega a los rincones más apartados, donde se concentra la mayor cantidad de gente iletrada y que esta ventaja cobra especial relevancia si se piensa en el alto índice





de analfabetismo que todavía subsiste en nuestra América Latina.

Unos pocos datos sobre México bastarán para dar idea de su enorme poder de alcance. El universo de la radio en México lo constituye un total de 1 332 estaciones: 1 138 concesionarias y 194 permisionarias; de ellas, 805 están en la banda de frecuencia modulada y 15 en onda corta, además de un sistema metropolitano de radio digital de 20 canales y de 18 estaciones indígenas.[1] El 98% de los hogares mexicanos cuenta al menos con un aparato de radio, lo cual significa casi 79 millones de radioescuchas.[2]

Como podemos constatar, este medio se ha convertido en el canal de mayor penetración en México, por lo que, contrario a lo que pudiera creerse, la galaxia de Marconi ha sustituido a la de Gutenberg en muchos ámbitos de la comunicación de masas.

Y es que la radio tiene una enorme ventaja sobre el medio escrito; esta reside en el poder expresivo de la voz humana, pues nadie ignora que al hablar se comparte el pensamiento, la experiencia y se da sentido a ese que nos escucha.

Walter J. Ong, en su libro *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra,* señala que los pueblos "primitivos" -orales por lo común- consideran que las palabras poseen un gran poder y entrañan un potencial mágico. De igual manera, la radio dota de un enorme valor a la persona que habla detrás del micrófono. Es por ello que la radio tiene, por encima de los demás medios de comunicación electrónica, una mayor credibilidad. "Si lo oí en la radio es porque es cierto". La radio se convierte así en el cuarto sagrado desde donde se predica no importa qué ni cuándo. En otros tiempos, el hombre sabio tenía que ganarse la fama a pulso y a través de los años; hoy día, los conductores de radio o las figuras políticas, por el solo hecho de tener una presencia cotidiana en un medio, pueden incidir sobre un público más amplio de lo que nunca había sido posible antes de los modernos adelantos electrónicos. Así, la oralidad ha alcanzado un reconocimiento del que nunca antes había gozado. Este hecho ha permitido preservar una tradición oral que muchas veces, habría que decirlo, carece de contenidos sustanciales. La mayor parte de las ocasiones, la radio ha transitado por los caminos más fáciles, donde el lugar común suele ser la regla. Pocas veces se refleja en este medio de comunicación la enorme tradición oral de los pueblos, que solo tiene como forma de preservación la memoria y el testimonio. Si es cierto que la historia de los pueblos es en buena medida la historia de sus lenguas, habría que ver qué hemos hecho con nuestra historia reciente, plagada de retórica sin sustancia, pero difundida irresponsablemente a los cuatro vientos.

Hace falta abrir más espacios radiofónicos de calidad que recuperen el valor de la palabra como instrumento de imaginación y de interacción colectiva. Nuestra radio se ha convertido, en gran medida, en un vehículo de compraventa de mercancías, un altavoz de noticias, de novedades musicales y publicitarias.

Según el reporte del Mass Media, el cuadrante metropolitano destina el 72,56% de su programación al

género musical. Dicho cuadrante ha sido asaltado por los intereses particulares de las compañías disqueras, y la palabra en la radio ha perdido terreno frente a la abrumadora mayoría de estaciones comerciales.

La radio de los 90, por ejemplo, ha suprimido de su programación, de una manera casi total, el género dramatizado, el cual ha sido el principal contribuyente a la consolidación y estructuración de un genuino código de expresión radiofónica (con excepción de la BBC que produce 400 emisiones dramatizadas al año). Además de necesario sería interesante abrir los micrófonos a una prosa radiofónica que invite al oyente a disfrutar el ritmo y el sentido de las palabras. Valdría la pena, por solo mencionar un posible camino, recuperar aquellos añejos intentos por acercarse a la literatura y a las distintas disciplinas artísticas, sin que ello implique aburrimiento o elitismo.

Recordemos que la vinculación del teatro con el medio radiofónico, por ejemplo, data prácticamente del nacimiento de este medio, en los años 20. Las primeras trasmisiones radiofónicas de obras dramatizadas fueron de las obras de teatro de Broadway que años después dieron origen a la radionovela. En nuestro país, aun cuando la mayoría de las radionovelas eran de corte comercial, estas representaban una forma de acercarse a la palabra. Algunas estaciones de carácter cultural recuperaron esa tradición y produjeron series de literatura clásica universal, a través de la adaptación radiofónica de novelas, teatro y cuentos. Así, es claro que literatura y radio pueden ser compatibles y complementarias.

En este sentido, habría que crear las condiciones idóneas para que los buenos escritores enriquezcan el medio radiofónico. Por solo citar unos nombres, pensemos en los casos de Brecht, de Böll, de Cortázar, de Cabral del Hoyo, quienes concibieron y practicaron la radio no solo como una forma de arte sino como un sueño posible a través de la palabra. La tradición oral gana cuando tiene mejores espacios, no cuando se intenta normar mediante camisas de fuerza.

Mención aparte merecen las 18 estaciones que integran la red de radios indígenas del Instituto Nacional Indigenista de nuestro país. La radio indígena posee asombrosas similitudes con las culturas orales "primitivas" en cuanto a su forma de participación, su insistencia en un sentido comunitario y su concentración en el momento presente.

Para los indígenas, este tipo de radiodifusión es, más que una vía de comunicación, un puente entre los individuos. "La radio forma parte de su vida cotidiana, no solo como un elemento de enlace entre individuos, familias, pueblos, sino también como el principal vehículo donde se ve reflejada su forma de ser y de pensar. No existen festejos, actos cívicos, comunicados personales y de denuncia, donde las radios no estén presentes."[3] La tradición oral es compartida y la voz es comunitaria no solo por el hecho de que las emisiones de programas se transmiten tanto en español como en las lenguas propias de las etnias que habitan las zonas geográficas en las cuales están instaladas.

Entre los objetivos de la radio indigenista están: fomentar la unidad entre aquellos que conforman la misma comunidad lingüística, contribuir al mejoramiento de las condiciones de vida de las comunidades y conservar la cultura propia de cada etnia. Estas estaciones representan uno de los pocos espacios donde los indígenas pueden expresar su pensamiento y su cultura.

Pero más allá de cualquier clasificación entre radio indigenista, comercial, cultural o universitaria, quienes laboramos en este medio debemos estar conscientes de la importancia de la palabra. A nadie se le puede pedir que diga cosas inteligentes, con un lenguaje vasto y eficaz, si la inteligencia, producto de la reflexión, está ausente.

No olvidemos que la radio sacraliza la voz, por lo que de suyo le confiere un poder a quienes están frente a los micrófonos y, frente a estos, lo mínimo que se puede pedir es que estén personas medianamente informadas, con suerte, poseedoras de algunas lecturas mínimas, quizá capaces de darle mayor fuerza y sentido al lenguaje radiofónico y, por lo tanto, recuperar así el predominio de la palabra oral, la cual es más directa y en consecuencia más poderosa.

NOTAS

[1] Secretaría de Comunicaciones y Transportes, página de Internet, abril de 1998.

[2] Cámara Nacional de la Industria de la Radio y la Televisión.

[3] Sagredo, José Luis: "Sistema de radiodifusoras culturales indígenas", conferencia pronunciada en el seminario: *La radio frente al nuevo milenio*, 27 de octubre de 1997, Ciudad de México.